



La Naumaquia

Por Pilar Gómez Bedate

Desde la altura de las iglesias barrocas y redondas, cornisas, alas, cúpulas, las estatuas de los santos y dioses griegos con sus blancos ropajes ondeantes (mármoles y piedras) vigilaban las barcas que aparecían innumerables sobre el pequeño pronto de San Marcos surgiendo de cualquier recodo de los canales. Eran las cuatro Repúblicas Marinas avanzando en las camisetas rojas o azules de los jóvenes, listadas como banderas, que alzaban los remos todos a una y los hundían luego rítmicamente para deslizarse hacia Oriente.

Una nave apareció, larga y curvada en los extremos, con proa y popa pintadas de purpura, llevando como enseña la bandera roja y cuadrada con el león amarillo en el centro desplegando las alas, y resonaron los estridentes avisos de las sirenas policiales para que los barcos de transporte público y los botes privados de los hoteles de lujo se alejasen de aquel escenario ancho, verdoso y rosado sobre el cual tendía el cielo un palio de seda azul pálida donde iba a celebrarse la naumaquia.

Los obreros de mono azul que pilotaban pequeñas lanchas de limpieza recogían graciosamente, en largas redes metálicas, con movimientos que parecían de un ballet prologal, los papillitos o las hojas de sauce que flotasen acá o allá a la deriva. Y en la orilla de piedra blanca de los muelles que terminaba en punta la Aduana, las familias o las parejas se sentaban sobre los largos postes arrancados al mar donde los gondoleros suelen atar sus barcas, que (carcomidos por la humedad, agrietados y cubier-

tos de musgos y mejillones muertos) les servían de bancos para asistir a la ceremonia que esperaban y que, desde el balcón central del palacio de los Dogos, el más coronado por adornos góticos, presidiría un estandarte púrpura de terciopelo cuyo tono cálido avivaba los rosados y grises de los mármoles zigzagueantes por la fachada. Y los pisanos llegarán tarde como siempre decía un viejo rodeado de nietos y palomas que se daba una vuelta más al cuello con la bufanda de lana verde para abrigarse de un aire insólitamente fresco en las postrimerías de mayo, mientras el mar iba poblándose de velas latinas blancas o teñidas de colores fantásticos, chapoteaban las aguas contra los muelles amenazados los pies de los espectadores pacientes, caía la tarde y las Repúblicas no entraban en liza: eran sólo barcas yendo y viniendo sobre las aguas, al azar, como pájaros, preocupados sólo los remadores por el goce de alzar los remos y hundirlos melodiosamente en el vientre del mar.

En la plaza de San Marcos había una tarima alzada, alta y ancha, adornada con colgaduras violáceas, a donde habrían de subir los triunfadores para ser coronados, pero el público comenzaba a cansarse: se habían comido los helados y los cucuruchos de patatas fritas, sentían las piernas entumecidas de estar sentados sobre los postes, y la algarabía de los niños empezaba a resultar molesta. Y en ese momento preciso en que el tedio parece estallar incontrolado en las grandes ocasiones, derramándose gris desde las alturas como el cerco cóncavo de una campana inmensa, fue cuando, por una calle transversal y estrecha por las que era difícil pasar a una

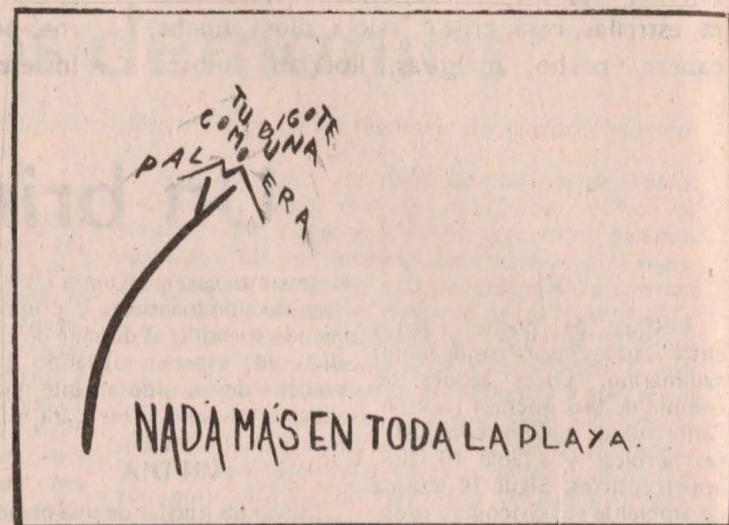
persona entró en escena, personaje no esperado, el holandés, que el día anterior estaba comiendo frente a mí en una fonda de la laguna y que se había mostrado tan locuaz en defensa de la raza aria mientras ocultaba cuidadosamente su tez morena y su nariz roma bajo un apellido germánico. Venía agitando los largos brazos, riéndose con cajadas sonoras y cojeando con aquella pierna izquierda en la que una herida de bala o de tortura debía de haber dejado su memoria. Hablaba alemán ahora y arrastraba tras de sí a una mujer hermosa y rubia, de ojos transparentes y altos púmulo, que se reía también, aunque parecía algo asustada y excitada a la vez por el miedo o el vino, y se dejaba arrastrar blandamente por el viejo de pelo blanco y ancha frente calva cuyos ojos azules giraban como focos luminosos e intermitentes tras los cristales de unas gafas de hombre docto.

Es mi mujer gritó en italiano, dirigiéndose a la gente reunida. Es mi mujer y pertenece a la nobleza alemana. Se llama María y es baronesa de Ploto, Goethe habla de Effi Briest, su tía-abuela, ¿han leído Dichtung und Wahrheit, Poesía y Verdad? Es mi mujer y me sigue en los viajes, me da hijos en la vejez, bebe conmigo y me cubre de hojas de parra cuando me embriago, compra los manteles y paños de encaje con que adornamos los arcones de la mansión de Frankfurt a donde ahora nos llevamos un Tiepolo extremadamente raro por el que hemos debido desprendernos de algunos manuscritos renacentistas de la familia. Ella reía, asintiendo, enseñando los dientes perfectos en que se terminaban sus bellos maxilares mientras los cabellos pajizos, ondeaban como serpentina circundándole el rostro. La gente veneciana lo miraba pacífica, sin asombro ni escándalo, mientras empezaban a abandonar sus puntos de observación porque los de Pisa no habían llegado, y sólo algunos se encogieron de hombros sonriendo un poco cuando el viejo asió a la mujer por el talle y empezaron los dos a valsar girando rápidamente, riéndose con estrépido, sobre aquellas losas de mármol que les servían de escenario principesco.

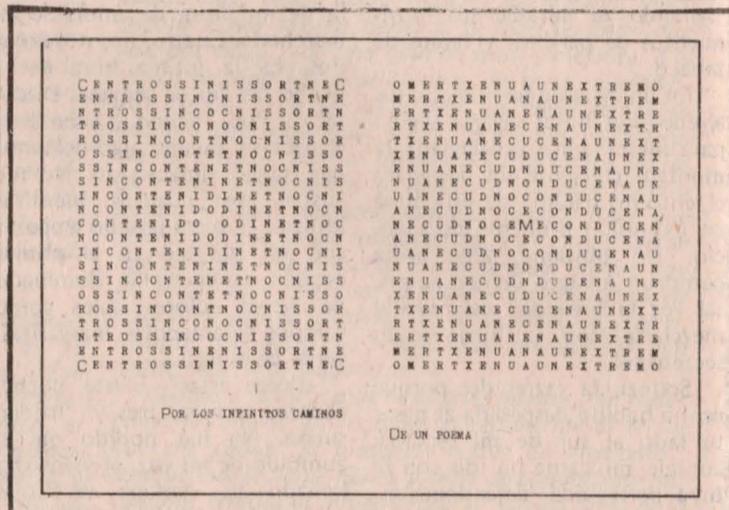
Y, de repente, junto al muelle, él debió de girar mal o resbalarse, o de chocar contra uno de los salientes de las lujosas baldosas, suelos de Venecia, y la mujer pálida y alta se cayó al

mar riéndose, empezó a nadar, se alejó con los cabellos húmedos hacia el centro del ponto, girando, con las ropas blancas, sobre las aguas verdes, entre las barcas que se iban y la saludaban remos en alto mientras su marido en la orilla también se reía diciéndole adiós con la

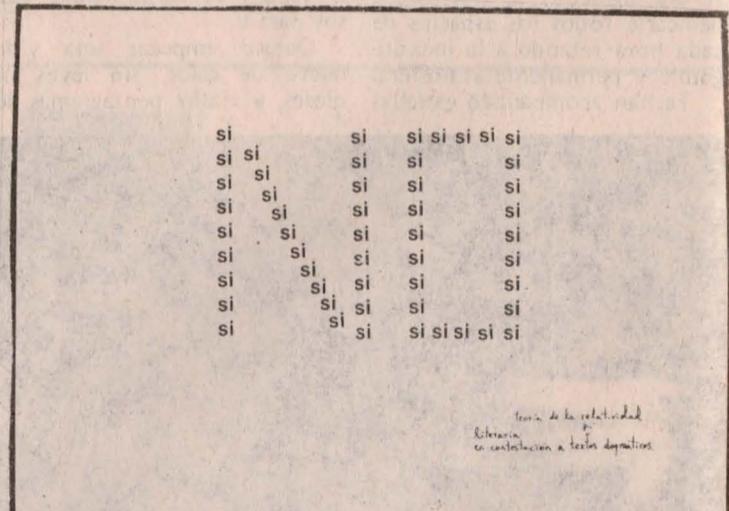
mano, agitando el brazo y ella desaparecía, se hundía rítmicamente, arrojada al mar como una manzana de discordia entre las rojas banderas donde ondeaban los leones, y la lluvia comenzaba a caer como una cortina necesaria que borraba el paisaje, el decorado, la vida.



Poema visual de Victoria Carande.



"Por los infinitos caminos de un poema", de Javier Damas.



Poema visual de Javier de Torres.

FUENTE OVJUNA

LIBRERÍA GENERAL-PAPELERÍA
LIBRERÍA INFANTIL
JUEGOS DIDÁCTICOS

Calle de Santa Fe, 4 Tfn.- 22-36-56
TOLEDO

Verdepino

— MODA —

Alfonso X "El Sabio", 8
Teléfono 21 29 54 **TOLEDO**

Dulces de Navidad y alimentos especiales para diabéticos, celíacos y alérgicos.

Todo tipo de plantas medicinales, esencias, extractos y jarabes.

Lo encontrará en **CENTRO DIETÉTICO HERBOLARIO SANTA CLARA**

C/ Núñez de Arce nº 1
Teléfono 22.72.78
TOLEDO

LA MUJER BARBUDA

Dirige: José Antonio Casado

Coordina: Damián Villegas y Amador Palacios

Correspondencia: Redacción de Toledo de La Voz del Tajo, Barrio Rey, 9